

RITA SEGATO: un pensamiento incómodo

Foto: Pablo Carrera Oser (Gerencia de Comunicación, UNSAM).

Para nosotrxs, Rita Segato

Por Mario Greco

Hace muchos años, dos décadas, unos profesores de una universidad recién creada en el conurbano bonaerense me hablaban de una académica argentina que llevaba adelante una investigación que me sonó inquietante: entrevistaba presos por violación en cárceles de Brasil. Fue la primera vez que escuché hablar de Rita Segato. El relato de sus investigaciones me remontó a un trabajo que tuve cuando recién me había recibido, hacia fines de los ochenta, con una pionera argentina en el tema, Silvia Chejter. Con Silvia aprendí lo que se ponía en juego en la violación de una mujer, el miedo a la muerte, las discusiones de unas filósofas políticas norteamericanas sobre el patriarcado implícito en el contractualismo, hasta las falacias retrospectivas en las lecturas machistas del texto en arameo del Génesis.

En aquella universidad empezamos una relación con Rita, la veíamos al menos una vez al año. En esas ocasiones sentía que escuchaba a una intelectual claramente distinta, con un registro discursivo difícil de encasillar en las corrientes del pensamiento crítico más o menos conocido. Cuando la escuchaba percibía un diferencial que no podía clasificar, en parte incluso por mi incapacidad de comprensión de sus categorías.

En 2003 iniciábamos una colección en la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes que dirigiría Baltasar Garzón; necesitábamos un primer manuscrito, y se me ocurrió preguntarle a Rita por su investigación. Me dijo que tenía uno listo y que en unas pocas semanas lo podía entregar (años más tarde me confesaría que había mentido y que esa mentira la obligó a imponerse la tarea de terminarlo). Así nació un texto emblemático, probablemente uno de los libros más importantes de la antropología moderna: *Las estructuras elementales de la violencia*, y nació también un vínculo poderoso con su editor, Raul Carioli, de la editorial Prometeo.

Todo lo que vino después es conocido. En particular, el fenómeno reciente de la mundialización de sus palabras, la internacionalización de sus conceptos, el mensaje en “la botella arrojada al mar” como suele decir. Y, más específicamente, la fascinación reverencial que se observa en sus abultados auditorios. Me he preguntado en estos meses por el origen de esa reverencialidad, de ese “giro afectivo” hacia sus gestos, sus textos, su propuesta de construir nuevos paradigmas, nuevas



teorías en conversación. ¿Se trata de la credibilidad que proporciona esa combinación perfecta de sensibilidad e inteligencia analítica? Todo ello, pero algo más. Rita ha inaugurado una nueva figura de intelectual en el paisaje deprimido del discurso experto y el ocaso del otrora académico comprometido o crítico (de partido). Toda su experiencia de vida se acumula en su horizonte discursivo: la formadora de generaciones de antropólogos, la artista plástica, la que inaugura el carnaval en su Tilcara amada, la que construye categorías desde fuera del *mainstream* occidental, desde América Latina, la que interviene en conflictos con etnias perseguidas, la que consigue promover la ley de cupos en la universidad brasileña. Esa Rita ofrece a sus seguidores un discurso que me recuerda la fórmula trontiana de pensamiento radical y acción en el presente con sentido práctico, y con ello, una certeza esperanzada de los cambios que inevitablemente llegaron para quedarse, en la tarea de sostener conceptual y prácticamente un pensamiento incómodo frente al tambaleante patriarcado. Y todo esto respaldado por una experiencia vivida, testimonial, de un pluralismo que conmueve y emociona.

Haber participado en parte del proceso que la trae de regreso a nuestro país es un gran orgullo personal y un logro institucional de la Escuela de Humanidades y el programa **Lectura Mundi** de la Universidad Nacional de San Martín. Nos estimula poder acompañarla en el despliegue de su Cátedra de Pensamiento Incómodo, y nos honra que haya elegido como suya nuestra casa.

La tarea del intelectual, donar palabras

Por Rita Segato

Nombramos. Cuando los nombres sirven, las audiencias los toman, pasan a usarlos. Y es en ese momento cuando realmente nace el autor. ¿Pero qué es un autor? Alguien que se ha autorizado a dar nombres, que ha aprendido a autorizarse. El primer paso es esa autorización, el segundo es la aceptación por parte de las audiencias de esa autoridad. Llamo a ese momento segunda autorización. No hay autor sin la confirmación de la gente de que sus palabras nombran, es decir, sirven. A veces hay un lapso importante entre el primero y el segundo momento. A veces esa segunda autorización llega cuando la autora ya no se encuentra entre nosotros.

La dificultad para ese gesto inicial de autorizarse a la autoría de los nombres, que no es otra cosa que dar curso a la creatividad teórica, tiene sus raíces en la forma en que nos han enseñado y enseñamos, así como en la tan malentendida cuestión de las humanidades. Es un error común entre los académicos, el público en general y, muy especialmente, entre los tecnócratas de la educación que, en nuestros países, acatan las pautas del Norte para la evaluación de nuestras universidades y elaboran su formato doméstico, pensar que las carreras científicas y tecnológicas tienen preeminencia sobre las humanidades y que así debe ser.

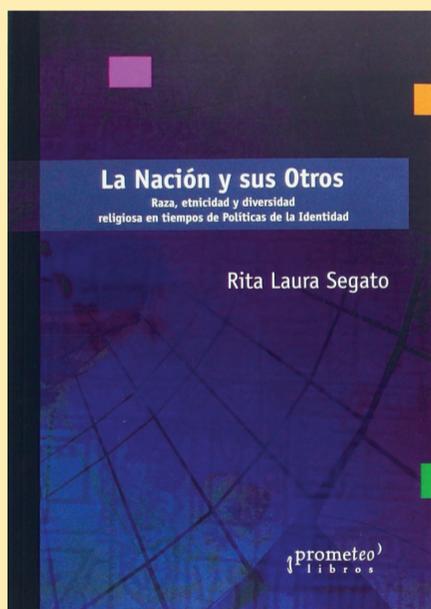
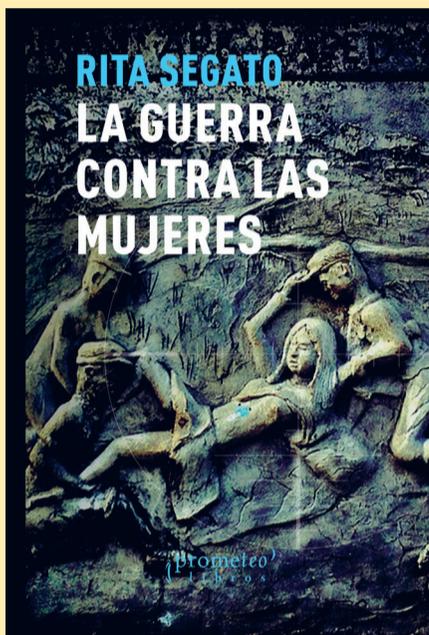
Surgen de ese modo las pautas de evaluación según criterios de las ciencias duras y las tecnologías como modelos a los cuales las humanidades, siempre perdiendo, deben adaptarse.

Este programado desprestigio de las humanidades en pro de un utilitarismo del saber al final siempre destinado al fracaso, entre nosotros, no percibe que el propio país, aquel país del Norte que jamás ha descuidado las inversiones en dos campos estratégicos, como son el armamento y la producción de conocimiento, nunca se ha retirado del auspicio de las humanidades. Pensemos que se trata de un país que, además, controla con un proteccionismo cerrado su reserva de mercado teórico en este campo. En el sentido de que constituye una plataforma de enunciación de las categorías teóricas que atravesarán al mundo muy bien protegida, para garantizar así la circulación y la influencia de las ideas que se propagan a partir de su claustro académico. Ese país es también el mercado comprador y redistribuidor del pensamiento europeo.

Sería posible, así, llegar a hablar inclusive de “patentes” en el campo de las humanidades. Y ¿por qué? Porque la oferta de nombres, que es el trabajo de la imaginación intelectual, tiene un efecto poderoso sobre la historia. Por su selectividad de las vivencias que tendrán registro en el discurso y formarán el catálogo de experiencias compartidas, las palabras

que pasamos a utilizar modelan el futuro. De ahí tanto la promoción como, al mismo tiempo, la custodia sobre las humanidades. Su control representa la capacidad de incidencia en el curso de la historia. Es por eso que todos los autoritarismos persiguen las palabras, intentan suprimir las que consideran peligrosas y son, siempre, antiintelectualistas. Porque los nombres formatean la Historia. Ese poder tiene la teoría en el campo de las humanidades, y esa es la razón del control cerrado, del verdadero blindaje de la autoridad e influencia de quien está autorizado a nombrar.

Nosotros, los profesores, por haber aprendido dentro de esta escena de reserva de mercado teórico por parte del Norte geopolítico, la hemos reproducido. Pensamos la universidad como el lugar al que se viene a aprender. Al partir de esa premisa poco inspeccionada,



presumimos que somos los atravesadores de lo ya pensado, y que el papel a ser desempeñado por nosotros es hacer conocer esto, es decir, lo ya pensado. Esa posición de intermediarios a muchos los convence de una importancia y autoridad suprema. No nos damos cuenta de que contrabandemos, por debajo de esas certezas, la idea de que se trata de lo ya pensado en otro lugar: a la universidad se viene a aprender lo que ya se pensó en otra parte, siempre lejos de aquí. En secuencia, lo que estamos diciendo a nuestros estudiantes es que no es para quienes estamos cerca, no es para los que estamos aquí, no es para nosotros, los próximos, la tarea del pensar.

Una escena no exenta de comicidad ilustra lo que quiero decir: algo que

Rita Laura Segato

Nació en la Argentina y ha vivido también en Venezuela, Irlanda del Norte, Estados Unidos y Brasil. En 2014 su nombre fue incluido en la página *Heroínas.net*. En marzo de 2017 fue destacada como una de las cuatro intelectuales representativas del pensamiento latinoamericano por la revista mexicana *La Tempestad* para su *dossier* sobre el tema. La agencia española de noticias Esglobal la incluyó por dos años consecutivos, 2017 y 2018, entre los treinta intelectuales iberoamericanos más influyentes. En 2018, la Universidad Nacional de Salta y la Universidad Autónoma de Entre Ríos le concedieron el doctorado *honoris causa* y recibió el título de profesora honoraria (equivalente a *honoris causa*) de la Universidad Provincial de Córdoba. En 2018 recibió el Premio Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales CLACSO 50 años. Ese mismo año recibió de la Orden Jesuítica la Medalla de Plata de San Ignacio de Loyola en la Universidad Iberoamericana de México y la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires la nombró Personalidad Destacada de la Cultura. También en 2018, el Museo Reina Sofía de Madrid fundó la Cátedra Aníbal Quijano y la designó titular. En 2019, la UNSAM creó la Cátedra de Pensamiento Incómodo Rita Segato. En su reunión de 2019 en Boston, será invitada de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA, por sus siglas en inglés) para participar de la sesión “Conversaciones con Rita Segato”.

Es coautora de la primera propuesta de acción afirmativa para garantizar el ingreso de estudiantes negros e indígenas en la educación superior de Brasil (1999) y coautora, con cuarenta y una mujeres indígenas de todas las regiones del país, de una primera propuesta de acciones afirmativas y políticas públicas para mujeres indígenas ante el Estado brasileño (2002). Entre 2002 y 2013 colaboró con la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) de Brasil en la realización de talleres con mujeres indígenas de todo el territorio brasileño, destinadas inicialmente a la promoción de las actividades productivas de las mujeres indígenas y, a partir de 2007, a la divulgación de la Ley Maria da Penha contra la violencia doméstica. Ha colaborado, desde 2003, con organizaciones diversas de Ciudad de México y Ciudad Juárez, en especial con Nuestras Hijas de Regreso a Casa, en seminarios y talleres sobre feminicidio. Colaboró también con organizaciones de mujeres de El Salvador, como Las Dignas, Ormusa, Las Mélidas y el Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer (ISDEMU); de Guatemala, con el consorcio formado por Mujeres Transformando el Mundo (MTM), Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG) y Equipo de Estudios Comunitarios y Acción Psicosocial (ECAP); de Nicaragua, con las organizaciones Aula Propia y La Corriente; y de Honduras, con el Observatorio Nacional de la Violencia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

Actuó como experta del eje Violencia Misógina en el Tribunal de Derechos de las Mulheres Viena+20 organizado por Mugarik Gabe y un consorcio de veintidós organizaciones (Bilbao, 2013). Actuó como jueza del Tribunal Permanente de los Pueblos para el capítulo México en la audiencia celebrada en Chihuahua sobre crímenes contra las mujeres (2014). Actuó como perita para el Ministerio Público de Guatemala para el caso Sepur Zarco, que juzgó un crimen de sometimiento a esclavitud sexual y doméstica de mujeres indígenas maya q'eqchi'es por parte de militares guatemaltecos durante el período autoritario (2014 a 2016). Actuó como jueza en el Tribunal de Justicia y Defensa de los Derechos de las Mujeres durante el Foro Social Panamazónico, en Tarapoto, Amazonia Peruana (2017). Elaboró un diagnóstico para la Policía Nacional Civil de El Salvador sobre crímenes de género (2018).

sucedió cuando un grupo de jóvenes antropólogos que se encontraban cursando un seminario en el Instituto Interdisciplinario Tilcara de la Universidad de Buenos Aires, hace algunos años, escucharon que yo vivía en la localidad y exclamaron asombrados: “¡Cómo! ¿Esa mujer está viva?”. Lo considero un elocuente ejemplo de la extraña creencia de que los autores que leemos no pueden estar entre nosotros. No puede tratarse de una persona común y corriente que comparte los espacios en que llevamos la existencia. Se trata de alguien que habita otros espacios, en general situados en Estados Unidos o en Europa... o en el cielo de los escritores muertos.

Esta anécdota revela la forma en que nuestros estudiantes son formados y

llevados a creer que el autor, el pensador, el narrador de conceptos, de categorías en este campo de las humanidades no puede estar cerca de nosotros. Se trata de un resultado, y también de un síntoma, de la colonialidad del saber: el pensador tiene que estar en otra parte. Esa “otra parte”, otro territorio, se encuentra en el cielo de los colonizadores, nunca en nuestro paisaje. Nosotros estamos destinados al papel de consumidores de conceptos y categorías. Esto es el efecto de una veda, de un control de mercado y de una vigilancia muy cerrada sobre quién está destinado a la producción teórica y quién está excluido del espacio geopolítico y de la lengua hegemónica en que se forman las ideas y desde donde se las hace circular.

Exigimos a nuestros estudiantes que expresen su deuda con genealogías de pensamiento en las que nunca serán incluidos, con cuyos autores jamás existirá reciprocidad en cualquiera de sus formas. Les mostramos el camino para ingresar en un tipo de asimetría tan definitiva como injusta. Porque los autores de la redoma protegida buscan en nosotros un atestado de influencia que necesitan para exhibir en su propio medio, pero no se disponen a abrirnos las puertas para que podamos ejercer esa influencia. Esta práctica es, sin duda, general, con muy raras excepciones.

En ocasiones, inclusive, su contacto con nuestro mundo se desbarranca ya a situaciones de franca deshonestidad, de las cuales me siento tentada a narrar una. Con mi tesis recién defendida, llegaba yo como docente a la Universidad de Brasilia, donde iba a ejercer el magisterio por más de treinta años, cuando conocí a una profesora francesa, quien había realizado una estancia de campo entre la misma gente sobre la que escribí mi tesis de doctorado, defendida en 1984. De mi tesis, la primera publicación que surgió fue el artículo “Inventando a natureza: família, sexo e gênero no xangô do Recife, Brasil”.¹ Antes de su publicación definitiva, el texto circuló en la modalidad de *working paper* en la Serie Antropología, mimeografiada, del Departamento de Antropología. La visitante francesa tuvo acceso al texto por ese camino y me citó para una conversación en la que de su boca oí estas asustadoras palabras, pronunciadas en un portugués poco fluido: “Tu artículo me sorprendió porque tu análisis es igual al que he hecho sobre esa tradición religiosa. Pensamos exactamente lo mismo sobre el tema. Si te parece, lo publicamos juntas en un *journal* francés, yo lo traduzco y lo firmamos juntas”. Después del primer instante de estupefacción, me di cuenta de que estaba escuchando palabras escandalosas. Pronuncié un “no” rotundo y espantado. Pero la muestra de que a la profesora en cuestión le pareció que abrirme el camino para la existencia en su país y en su lengua mediante la entrega de mi pensamiento a su autoría constituía un trato ecuánime y perfectamente aceptable es que no hubo ningún tipo de estremecimiento de su parte y nuestra amistad continuó por un rumbo inalterado. La vergüenza que yo hubiera sentido en su lugar, ella en forma alguna la experimentó. Y ahí está la prueba del grado de naturalización que alcanza la asimetría de la que hablo.

Al hablar de las lenguas hegemónicas, vale la pena mencionar que España se encuentra más próxima a nuestra posición criolla que a los países de Europa central o de Gran Bretaña. En tanto que los autores indios y africanos, aunque hablan desde el Sur geopolítico y de su experiencia colonial, por

1. Publicado inicialmente en 1986 en el *Anuário Antropológico* del Departamento de Antropología de la Universidad de Brasilia. En español, es parte de mi libro *Las estructuras elementales de la violencia* (Prometeo, 2003 y 2013)

escribir en inglés o en francés, son más fácilmente asimilados y distribuidos planetariamente. Es imposible hallar una categoría o concepto del campo de las humanidades o de las ciencias sociales concebido en la península y que haya atravesado la gran frontera Norte-Sur en sentido contrario, alcanzando una difusión e influencia planetarias. La importancia de esta reflexión es que nos ayuda a generar una conciencia sobre dónde estamos.

En el ensayo “Aníbal Quijano y la perspectiva de la colonialidad del poder”, publicado en mi libro *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda* (2015), hablo precisamente de eso, de las escasas categorías latinoamericanas que han perforado la valla, el blindaje, el proteccionismo de los baluartes del Norte en el campo de la producción teórica. Las que lo consiguieron son precisamente aquellas que no lo intentan con un tratado sobre Marx, Freud, Weber o Foucault, sino las que han sido forjadas al calor de nuestra experiencia, con los pies fuertemente plantados en el suelo que pisamos. Estas cuatro perspectivas teóricas, baterías de categorías que consiguieron atravesar la frontera Norte-Sur en sentido contrario, son: la pedagogía del oprimido, de Paulo Freire; la teología de la liberación; la teoría de la dependencia; y la crítica de la colonialidad o pensamiento decolonial. El vocabulario de estos modelos de comprensión del mundo resuena hoy o ha resonado a lo ancho y a lo largo del planeta.

Nombrar las vivencias que nos circundan, generar retóricas de valor para nuestra forma de ser, autorizarse a la teoría y hacerlo de forma responsable e informada nos lleva a situaciones sorprendentes... Escribir, en nuestro mundo en que no contamos con quien promueva nuestra palabra y la proteja, es como colocar un pergamino en una botella y arrojarla al mar para que encuentre su destino. Si los nombres tienen sentido para la gente, la botella toca la otra playa y el pergamino es rescatado. La palabra era necesaria. Esa es mi experiencia con una cantidad de nombres que he venido gestando: “la escritura en el cuerpo”, para enfatizar la idea de que la violencia sexual es “expresiva” más que instrumental; “mandato de masculinidad”, llamando a los hombres a percibirlo como fuente de infelicidad que urge “desmontar”, “desmarcarse de él”, “correrse”, “desafiliarse”; “hermandad masculina” o “cofradía”, y más tarde “corporación masculina”; “dueñidad”; “pedagogía de la crueldad”, para denominar la estrategia de programación de una estructura de personalidad de tipo psicopático, funcional en un mundo cosificado; “crimen menor” para describir la forma en que la justicia percibe los crímenes contra las mujeres; “la prohibición del aborto es una violación de Estado” son algunos de ellos. Yo me atreví a dar estos nombres, y he venido constatando que hasta en costas lejanas hay quien encontró la botella que arrojé al mar y rescató el pergamino que guardaba en su interior. No deja de parecerme a veces sorprendente y milagroso.

Cátedra de Pensamiento Incómodo*

Por Rita Segato

La cátedra propone mirar el mundo desde nuestro margen y a contrapelo de los hábitos y consensos del sentido común de una academia ya fatalmente marcada por el eurocentrismo de su fundación y por el patriarcalismo de sus prácticas.

Para esto, se orienta por una serie de ejes y consignas que han formado parte del discurso de su titular en textos y conferencias. Algunos de ellos son:

- Permanecer en el arraigo de un paisaje nuestroamericano, ya que es desde él que pensamos y hablamos.

- Inscribir ese paisaje en los textos que resulten del quehacer de la cátedra.

- Construir retóricas de valor para las prácticas y las tecnologías de sociabilidad que nos ayudan a re-existir en ese paisaje.

- Cultivar el arte de pensar en conversación.

- No descartar el ensayo para sustituirlo por la exigencia de tecnologías textuales formateadas por la academia eurocéntrica.

- Construir parámetros de calidad propios y pautas para la evaluación que no traicionen estas idiosincrasias.

- Tener por meta histórica un mundo cuyo valor indeclinable es el pluralismo.

- Pensar el género y la raza como categorías centrales en un mundo opresivo.

- Pensar la violencia de raíz conquistual y colonial y sus secuelas e impactos en el presente.

- No guetificar las temáticas del movimiento social; entenderlas entañadas en un nicho de relaciones políticas, económicas, raciales y de género.

- Identificar las estrategias con las que los “dueños” de la vida y de la muerte intentan agendar nuestro futuro.

- Contribuir a entender y desarmar el nudo que prolonga la prehistoria patriarcal de la humanidad.

- Desentrañar los males del mandato de masculinidad y contribuir a su desmonte.

- Pensar la justicia como uno de los déficits centrales de la colonial-modernidad.

- Identificar la variedad de ideas y formatos del “hacer justicia” y apostar al campo del “pluralismo jurídico” como estrategia fundamental para un mundo en plural.

- Desarrollar y complejizar la oposición entre el *proyecto histórico de las cosas* y el *proyecto histórico de los vínculos*.

* Una iniciativa conjunta de la Escuela de Humanidades y la Dirección Lectura Mundi de la UNSAM.

Segato X Segato

Fragmentos editados de la entrevista realizada a la autora por Leila Mesyngier y Julieta Greco para el podcast *El deseo de Pandora*, episodio 9 (25 de abril de 2019), *Revista Anfibia*, UNSAM.

La idea de pensar en conversación viene de una larga trayectoria como profesora. Allí fui viendo cómo en el medio académico –que es mi medio de origen– las personas ya no conseguían conversar. El tiempo era visto como algo que había que ahorrar, ganar, controlar, administrar de una forma excesiva. Tiempo es dinero, tiempo es texto, tiempo es currículum. Ahí nace la idea de que pensar en conversación es indispensable. Todos, o la mayor parte de los grandes autores que conocemos, han conversado, han tenido un grupo de control, un grupo de café, un grupo de pares, una comunidad de amigos. La presencia del otro es una resistencia. Y esa resistencia es indispensable en el proceso del pensar y en el propio proceso permanente de humanización que acompaña la vida de una persona.

Yo también suelo decir que mi principal meta es el pluralismo. O sea, que antes que feminista soy pluralista. Incluso los problemas del feminismo son consecuencia de la ausencia del pluralismo, del mundo del uno, que es el mundo del hombre, del sujeto universal Hombre, con mayúscula, en cuya historia nos tenemos que inscribir las mujeres para poder hablar y emitir nuestros enunciados.

El pensar en conversación rompe con eso, rompe con los protocolos. La conversación no puede ser burocrática, no puede ser protocolizada y nos pone siempre frente al otro, al límite del otro, a su resistencia con relación a nuestra imagen, nuestro discurso. Y nos cura o previene del narcisismo, una de las enfermedades de nuestro tiempo. El narcisismo es tremendo porque impide a las personas romper el cascarón: ser, crecer, enfrentarse con la realidad, crear, imaginar. El narcisismo es una cárcel. El pensar en conversación es su antídoto. El pensamiento en soledad siempre se equivoca. Siempre dos piensan mejor que uno, tres piensan mejor que dos y cuatro piensan mejor que tres. El pensamiento tiene que ser comunal.

La idea de pensar en conversación tiene que ver también con mi reacción ante la agenda evaluadora académica, que ha encerrado a los profesores y los ha transformado en individualistas. Se erige contra el productivismo, la contabilidad y el cuantitativismo que están destruyendo la imaginación.

**

Creo que puedo ser tan crítica de las instituciones porque desde el día en que puse los pies en este mundo, uno estuvo fuera de las instituciones y el otro adentro. Es una característica de los antropólogos esa de poder ver lo que institucionaliza la vida desde

adentro y desde afuera. Eso lo tuve desde mi nacimiento. Viví con un padre al que amé muchísimo, Juan Mario Segato, que fue el marido de mi madre, mucho mayor que ella. Un ser amoroso que me enseñó a amar a los animalitos, que cuando llovía salía a los parques con un delantal a buscar a los pajaritos que salían de los nidos, y a ponérselos en los bolsillos, traerlos a casa y calentar la cocina para que se les secan las alitas. O sea, un hombre maravilloso, muy casto. Y, por otro lado, un padre biológico que fue el amante de mi mamá durante treinta años. Soy hija de un padre italiano y un padre judío. Hubo un extraño acuerdo. Mi vida nunca fue del todo institucionalizada.

Mi mamá –me di cuenta de forma tardía– me inculcó una autonomía radical como mujer, que inclusive es difícil de realizar, pero que siempre sale a recogerme, a auxiliarme, a salvarme: no confiar en los hombres, básicamente. Una puede ser camarada, amiga, tener una buena relación sexual, una buena relación entre cuerpos. Pero se trata de no entregar la voluntad de una, nunca, a nadie. Una tiene que saber a lo que aspira, adónde se dirige, cuáles son sus deseos, sus intereses. Y no confiar ni esos deseos ni esos intereses a una figura masculina, porque nunca habrá realmente ente ambos una comunión de intereses y deseos. Esa era la filosofía de mi mamá.

Una segunda mujer me inspiró, además de mi mamá. La encontré cuando me fui de la Argentina con veintitrés años. Yo estudiaba antropología, había hecho el Conservatorio Municipal de Música e iba al Instituto de Musicología porque quería fundir esas dos formaciones, hacer una antropología de la música. Entonces, en 1975 fui a Caracas y fui recogida por una mujer argentina muy conocida en los medios de musicología: Isabel Aretz, una mujer nacida en 1901 en la Argentina que se fue a vivir a Venezuela y creó un gran archivo de toda la música latinoamericana. Ella había sido discípula de Carlos Vega, quien intentó crear una escuela de archivo y de análisis de la música del campo folclórico argentino: indígena y campesino. Isabel viaja por el país con unos enormes aparatos antiguos, primitivos, de grabación, y graba la música del campo. Después se va a Venezuela, donde se le ofrecen mejores condiciones de trabajo y crea ese instituto donde fui a trabajar. Esa mujer era como mi mamá. Isabel Aretz no tuvo hijos, no quiso. Creía que había una incompatibilidad entre tener hijos y hacer una carrera. Fue tan extrema la vinculación de ella, que yo, de alguna manera, entré ahí para ser una especie de heredera, de hija de Isabel.

Después me voy, sigo mi camino, quiero hacer mi posgrado, mi maestría, mi doctorado. Y cuando llego al primer año de mi doctorado, en enero de 1981, me embarazo. A Isabel le dio un preinfarto, la tuvieron que internar. La gran decepción de su vida fue que yo sí quisiera tener hijos. “Tú vas a seguir mi camino, tú nunca vas a tener un hijo”, me decía. Yo no estaba tan convencida, sabía que era algo incómodo, pero un día vi un chupete y me dieron

ganas de llorar. Vi una ropa chiquitita y empecé a tener pulsiones maternas. Y ahí, deliberadamente, me embaracé de mi primer hijo, hace treinta y siete años, en Belfast, Irlanda del Norte.

**

Es absolutamente indispensable entender que la revolución, sin la demolición del patriarcado, no nos va a llevar jamás a destino. Eso lo aprendí de las mujeres de El Salvador. En uno de los primeros viajes fui a comprar artesanías, y entre las que compré, había una camiseta en la que estaban los grandes héroes revolucionarios: el Che, Martí, Sandino. Cuando la voy a comprar, las mujeres que me habían invitado, unas señoras ya grandes, de mi edad –en ese momento yo tendría cincuenta años–, me dicen: “¡Dejá eso!”. Yo me quedé absolutamente perpleja. ¿Cómo “¡dejá eso!”? Y ahí se abrió una compuerta importantísima para mí.

Nuestros feminismos son feminismos que vienen de París, de Nueva York, de la academia. En los feminismos de América del Sur han dominado los feminismos formados a la luz de Simone de Beauvoir. Son eurocéntricos en origen, si bien están cambiando. El feminismo centroamericano, de Guatemala, El Salvador, viene de la montaña. Viene de mujeres que tuvieron un fusil en la mano, que estuvieron en la guerrilla, se decepcionaron terriblemente de sus compañeros de lucha, los abominaron, bajaron y fundaron las ONG y el movimiento feminista.

**

Aprendí también de un trabajo muy largo que hice con mujeres indígenas para producir un documento que entregaríamos al gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva en enero de 2003. Las mujeres indígenas propusieron la Fundación Nacional del Indio. Me llamaron en mi carácter de antropóloga y estuvimos internadas siete días y siete noches con cuarenta y una mujeres indígenas, escuchando. Cuando vi cómo pensaban el modo de colocar sus intereses y reivindicaciones, advertí que no tenía nada que ver con lo que habíamos aprendido. Primero, lo trabajaban entre sí, conversaban cómo formularlo para que fuera anotado en el documento institucional. Ponían, en primer lugar, el interés de sus comunidades y después, dentro de esto, las demandas de las mujeres. Nunca se transgredía ese orden comunal, y jamás se infringía el beneficio para la entera comunidad.

Entonces, empecé a pensar todo desde otro lugar, por otro camino. No es que no hubiera un feminismo. Sólo que ese feminismo es vincular, porque en esa vincularidad está la posibilidad de la sobrevivencia, de la construcción de una economía doméstica, mancomunada, familiar, donde no hay feminicidas. La vida moderna de esa cosa que llamamos la ciudadanía, la sociedad de masas, es feminicida porque la gente vive sola. Nadie cuida a nadie. La

cuestión del cuidado excede en mucho, para mí, a poner pañales a un bebé. La cuestión del cuidado es una cuestión de cuidado comunal a las personas. Atentos con encerrar la cuestión del cuidado en la familia nuclear, ahí es un desastre. En el mundo indígena, por ejemplo, cuando sobra un bebé, lo toma otra familia. No sólo en el mundo indígena, en el mundo afroamericano, el Caribe, Brasil, el mundo de la pobreza, lo que salva la vida es esa comunalidad que se está destruyendo.

**

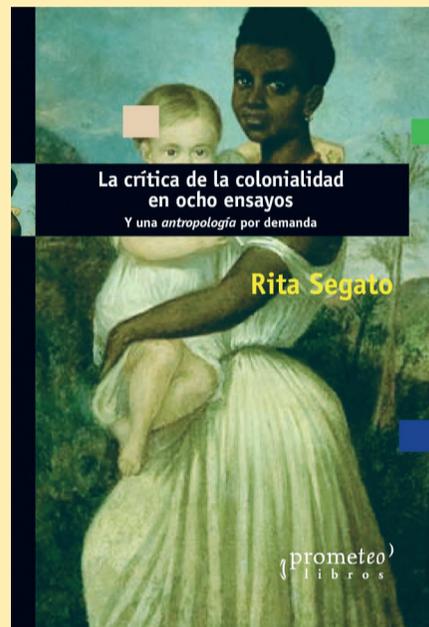
Por mucho tiempo hemos visto que el lugar más peligroso para la mujer ha sido justamente el espacio doméstico. Un espacio que se nuclearizó, despolitizó y encapsuló; que se transformó en íntimo y privado. Ahí no hay ojo comunitario ni tampoco ojo del Estado. Es un lugar tapiado, una cápsula. Pero existen otros crímenes contra las mujeres que son los que llamo crímenes asociados a las nuevas formas de la guerra. Guerras difusas que se expanden hoy en nuestro continente, en la cuales un paraestado o una parapolicía, una paralegalidad y una parapolítica controlan la vida de las personas. Esto es muy fuerte en México, en el triángulo norte centroamericano, Guatemala, El Salvador, Honduras, y en algunas regiones de Colombia, y se está expandiendo a los otros países. En esas regiones, los crímenes no íntimos son cada vez más numerosos en proporción con los íntimos.

**

¿Debemos permitir que los hombres sean nuestros aliados? ¡No! Nosotras somos las aliadas de los hombres. Les estamos enseñando a hacer política. ¡Salven el pellejo! Porque el mandato de masculinidad los destruye. Los obliga a hacer algo que hacen y que, si se ponen a pensar, no es lo que deseaban. Los obliga todo el tiempo a hacer un espectáculo de su masculinidad ante los otros hombres, y todo por una especie de carrera enloquecida de prestigio. Porque la masculinidad tiene prestigio ante los ojos de los hombres y de las mujeres. Ese prestigio es mortal, primero para los hombres y después para nosotras.

**

Hace veinticinco años que estudio la violencia. Pero fue a partir de mi tesis sobre el shangó en Recife (defendida en 1984) cuando empecé a pensar en el género. En el año 1986, en la Universidad de Brasilia, mi universidad, fundamos la materia Antropología de la Mujer, que lentamente se fue transformando en Antropología de Género. Durante mucho tiempo tuve plateas sólo de mujeres, pues sólo las mujeres leían sobre el tema de género y venían a las clases, a las conferencias. De repente, empezaron a aparecer algunos varones. Y hoy me pasa que hay varones de todas las edades y de todas las



clases sociales que me hablan por la calle. Un fenómeno extrañísimo. Me paran y me dicen: “¿Usted es Rita Segato? Gracias”. Entonces yo les digo: “Abajo el mandato de masculinidad”. “Abajo”, me responden. Estoy empezando a pensar que ese discurso tiene sentido. Que esa propuesta que estoy haciendo está siendo acogida por varios hombres que se dan cuenta de que se han perjudicado queriendo probar su masculinidad. No hay nada que probar. Hay tantas masculinidades como personas. Lo que el mandato de masculinidad –que es corporativo– les exige a los hombres es probarla de una única forma.

El humor masculino es un humor, en general, con víctimas. Es una pedagogía de la crueldad, de complicidad

mediante una víctima sacrificial. Eso le hace mal a la humanidad, le hace mal a la vida y acaba matando.

**

Es imposible cambiar el deseo por decreto. Es un trabajo lento. No hay recetas. Yo estoy intentando entender cómo sería una politicidad femenina, esa abierta, no íntima, no privada, que quedó cancelada en el pasaje a la modernidad colonial. Casi consigo recordar ciertos espacios de convivencia entre mujeres, ciertas formas de hablar, de expresar lo que queremos, hacia dónde vamos, que estaban en algunos espacios compartidos en mi infancia. También estaban en Tilcara cuando llegué allí y vi mujeres muy poderosas, dueñas del mercado, con instituciones sólo de mujeres, con una gran soberanía en el espacio doméstico y en su economía, mucho más que las que después va a generar la modernidad. En el proceso de acriollamiento la mujer pierde estatus, prestigio y soberanía. Y no nos olvidemos de que nuestras repúblicas son criollas. Ese sujeto creador de nuestras repúblicas es racista –porque es inseguro racialmente–, misógino –porque debe ser inseguro sexualmente–, homofóbico y transfóbico –porque también debe ser muy inseguro sexualmente–, y especista porque se siente superior sobre un caballo.

**

Yo hablo siempre de dos proyectos históricos diferentes: el de las cosas y el de los vínculos. De cómo un placer vincular puede satisfacerme de tal manera que pierda el hambre inclusive. Ese proceso es lento. Por eso siempre defiendo el campo de la teoría, como el campo del pensar y el poner palabras a lo que pensamos, ofrecer palabras al mundo. Entendí que mi trabajo consiste en nombrar experiencias, nuestras, de aquí, próximas, vitalmente próximas. No en fichar libros, sino en pensar nuestro mundo, dotarlo de palabras y ofrecerlas a él. La gente toma las que le sirven y desecha las otras. Ese es un trabajo indispensable, pero de mucha gente. Lo que pasa es que en las universidades no nos enseñan a hacer eso. Por el contrario, nos han dicho que nuestro papel es aprender. Nuestro papel no es aprender, sino saber dónde está lo que necesitamos para pensar. Nuestro papel es aprender a pensar y a encontrar los insumos para hacerlo. Y pensar, en el campo de las humanidades, es donar palabras. Y cuando nos dicen que lo que tenemos que hacer es aprender, el subtexto ahí es aprender “lo ya pensado en otro lugar”. Allá en el Norte, allá en Europa, en Estados Unidos. Cuando aprendemos lo ya pensado en otro lugar, nos quedamos sin poder pensar lo que está acá, lo que se deriva de nuestra historia. El campo de la teoría es el campo de mayor poder de todos. Porque la teoría formatea la historia, enseña a las personas a percibir su historia y, luego, a planear su historia futura.

Staff: Rector: Carlos Greco. **Director Lectura Mundi:** Mario Greco. **Edición general:** Micaela Cuesta. **Colaboran en este suplemento:** Rita Segato y Mario Greco. **Agradecimientos:** Leila Mesyngier y Julieta Greco (*Revista Anfibia*), Solana Camaño (Lectura Mundi) y Raúl Carioli.